

No debería escribir sobre el último estreno al que asistí, el de la comedia (¡en el programa dice que es drama!) de Armand Salacrou intitulada *La tierra es redonda*, y que ha sido presentada en el hermoso Teatro Jiménez Rueda bajo los auspicios de una trilogía verdaderamente infernal y de la que jamás nadie pudo siquiera imaginar que pudieran unirse para nada: la Unión Nacional de Autores, el Instituto Nacional de Bellas Artes y el Censor Máximo Suma Cum Laude de la Oficina de Espectáculos. Y digo que no debería escribir sobre ella porque me salí al terminar el segundo acto, y siempre he criticado a los cronistas que escriben sobre algo que no vieron porque se fueron o porque se durmieron durante la representación, lo que sucede con mucha frecuencia entre mis ilustres colegas. Reconozco que hice muy mal en abandonar el teatro, pero sírvame de disculpa el hecho muy comprensible de que todo tiene un límite, hasta la infinita paciencia de un cronista teatral. Después de haber asistido durante los últimos meses a dos docenas de estrenos que pusieron a prueba mi hígado, mis riñones y mi escaso cerebro con sus pésimas actuaciones, producciones y direcciones, llegó el momento en que no pude más y exhalando un gemido incapaz de conmover a los empresarios mexicanos, salí esa noche del teatro negándome a soportar un instante más el que trataran de burlarse del público, de mí y de ellos mismos.

Voy a hablar solamente de los dos actos que tuve la desdicha de presenciar, no dudando ni por un momento que en el tercero todo haya sido genial y dando la razón a los empresarios, actores y director, los que seguramente dirán que mi cretinismo me impidió ver lo mejor. En lo que no estaré de acuerdo será cuando digan que no se puede juzgar del trabajo de nadie si no se vio completa la obra. Y no lo estaré porque conozco ese "drama" de Salacrou, estrenado en 1938 por Barrault en París, y cuando me salí del teatro sabía perfectamente que la obra no se iba a componer en el tercer acto, sino por el contrario, iba a ser aún más tedioso que los dos anteriores, con toda la larga escena de la "prue-

ba de fuego” y con un monólogo quizás aún más largo y más tonto por parte de Savonarola.

Sabía que la dirección no se iba a componer porque ya había visto asombrado a los actores colocados hombro con hombro, de cara al público, como soldaditos de plomo, sólo desplazándose sin razón ninguna cuando le tocaba hablar a cada uno de ellos; había visto en los dos actos la misma situación del pobre Jerónimo Savonarola trepado en un tapanco y monologando interminablemente también de cara al público; no tenía por qué no volver a monologar en el tercer acto desde su tapanco. Había visto ya a Ismael Larumbe, Enrique Beraza, Juan Ramón Castillo, Aurora Alonso, Verónica Rivas, y a todos los demás que no menciono porque me da una infinita flojera, decir un camelo tras otro, olvidarse de los parlamentos, hablar en un solo tono, tratar desesperadamente de ser graciosos y hacerse un lío con las capas. ¿Existe alguna razón lógica para pensar que en el tercer acto iban a estar muy bien? No, en lo absoluto. He visto ya en otras ocasiones a todos esos aprendices de actores y jamás han estado bien en ningún acto. Pero ya dije antes que no tengo porqué dudar que estuvieron geniales en el tercero. Seguramente lo estuvieron, ni hablar.

Cuando se estrenó en Europa *La tierra es redonda* un año antes de que estallara la Segunda Guerra Mundial, tuvo un gran éxito porque, según dice un libro que tengo a la mano (ya se sabe que todos los críticos teatrales tenemos una cultura de enciclopedia, es decir, que recurrimos a ella para aparentar que somos cultísimos), el público y la crítica vio en ella un simbolismo en contra de la Alemania nazi, y Savonarola era algo así como el entonces poderoso Hitler. Este símbolo a nadie le importa un rábano en 1971, y si esta comedia (el programa dice drama) tiene éxito en México, será porque el público y la crítica han modernizado ese símbolo y ven a Savonarola como a Víctor Moya cuando ordena quemar libros y tiene la esperanza en el tercer acto (que fue el que no vi) de que algún día “quemem” a Víctor Moya. De otra manera, si no se llega a semejante sutileza simbólica, la obra resulta de una pesadez insoportable, de un pasado de moda en construcción, diálogos y secuencias, que mueve a risa. Y podría haber sido una obra interesante si el director y los empresarios (los

más cultos que existen en la capital) hubiesen dado una “peinada” a la comedia (el programa dice drama) quitándole toda la paja pretendidamente cómica, aligerando los pavorosos monólogos de Savonarola y presentando el hecho histórico de la Florencia del siglo xv antes del triunfo total y definitivo del Renacimiento. Entonces hubiese tenido interés.

En una comedia (el programa dice drama) donde los papeles cómicos corren por cuenta de Aurora Alonso, Lili Inclán y Roberto Rivero, no se ríe ni el Santa Claus de Sears, y en un drama donde el declamador y actor radiofónico y de doblaje José Antonio Cosío tiene a su cargo tres monólogos enormes y pesados, el público preferiría que ese señor le recitase *El brindis del bohemio*, *Mamá, soy Paquito* y *México, creo en ti*, en lugar de obligar al pobre de José Antonio a salir de San Martín de Porres con una calavera en la mano como Hamlet. Después de eso, su monólogo ya no puede interesar a nadie, y menos dicho desde un tapanco con luces celestes iluminándole la faz como a Bernardette. Y no se puede decir que esté mal el señor Cosío, los que están mal son los monólogos, de allí que se prefiera escuchar una poesía de *El declamador sin maestro*. Como tampoco se puede decir, en lo absoluto, que esté mal Sonia Furió, una excelente actriz desperdiciada en una comedia (el programa dice drama) pasada de moda, en un papel tonto y mal dirigida; ni tampoco Guillermo Aguilar, un buen galán que necesita de la dirección, y al no tenerla su voz se torna pareja hasta la aburrición; ni tampoco Óscar Servín, uno de los mejores actores cómicos con que contamos, en un papel pequeño y sin gracia, a pesar de que él es el único en todo el reparto que se preocupó por crear un tipo.

Y esta es la comedia (el programa dice drama) y la puesta en escena patrocinada por el Instituto Nacional de Bellas Artes (¿qué pasa, Héctor Azar?, ¿acaso piensas montar ¡Oh Calcuta! y por eso quieres quedar bien con don Víctor Moya?), la Unión Nacional de Autores (¿qué pasa, señor Robledo?, ¿ya se le olvidaron los autores nacionales?) y la Oficina de Espectáculos, que califica esta comedia (el programa dice drama) para adolescentes y adultos cuando por menos califica a otras para “adultos mayores de 18 años”. Pero eso sí, en el tercer acto todo estuvo genial. Pre-

gúntenle a los actores y al director y a los empresarios, y se convencerán.

10 de octubre de 1971

Carta de Francisco de la Maza sobre la crónica anterior

Octubre 10 de 1971

Sr. Luis Reyes . . . y ya
Ausente.

Inmundo, insensato, mendaz, incomprensivo, inculto, injusto, acrí-
tico, apoético, metiche, diletantoide, tonto con p, locuaz, fascista,
“iturbidista”, Gato con Botas, Gato Félix, gato marrullero, perro
de garaje, Savonarola con bikini, inquisidor apestoso, cursi de
arrabal, ciego, sordo, chale malakakayo, procaz, insensible, enciclo-
pedista económico, cómico (a pesar de que en el periódico diga
trágico), cantinflero y cantinflaco, tintanesco, capulino, iguano-
donte, ignorantazo, animal . . .

y todo este bouquet
¿por qué?

Por no entender, so capirote, la belleza y ternura del poema
“Paquito no haré travesuras”, es un poema exquisito más allá
de su calefateado cráneo, so Víctor Moya, so Pedrero, pedrazo,
petroide, por eso no llega a sus orejas de onagro. Léalo cien veces
y si no acaba llorando, es usted una estatua de porfiriato de sodio.

Y va en serio.

Francisco de la Maza